



BIBLIOTECA FILMS

LA TIERRA PROMETIDA



Núm. 2

RAQUEL MELLER

50 cénts.



ROUSSELL - Henry

FILMS DE AMOR

DE
BIBLIOTECA FILMS

Redacció y Administració:
CALABRIA, 26 ————— Teléfonos 171 i 11

Imprenta - Vitorroel - 12 y 14

Año I BARCELONA Núm 9

50 cèntims

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

* La Terre Promise, 1925
LA TIERRA PROMETIDA

SUGESTIVA NOVELA DE AMOR,
ODIOS Y CELOS, DEL EMINENTE AUTOR
HENRY ROUSSELL



Exclusive!

Cinematográfica Verdaguer, S. A.

Consejo de Clero, 28 - Barcelona



ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

Dictionnaire du Cinema
Universel (René Jeanne et Charles Ford)

LA TIERRA PROMETIDA

REPARTO

Lia Sigulin	Raquel Meller
Esther Sigulin	Tina Meller de Hardin
Andrés, Conde de Or- linsky	André Roanne <i>Yzardun</i>
David, hijo adoptivo de Samuel	Pierre Blanchard
El Rabino Samuel Sigu- lin	Albert Bras -
Moisés Sigulin	Maxudian -
El Conde Orlinsky	Deneubourg, <i>Georges</i>
	<i>Mario Louise Vois, Pierrette Lugan</i>
	<i>Rauzena</i>

REGINA MELLER... todas
las fases de un corazón
que pasan de la alegría al
dolor, de la calma al ter-
ror, de la vida a la muerte.
Sarah Bernhardt

PROLOGO

Raquel Meller y su película

«La Tierra Prometida» es la magna crea-
ción de esa maga de la escena, ante la cual
todos nos descubrimos con reverencia profun-
da. Es la más sublime de las encarnaciones de
esa mujer, única en belleza y en talento que
ha paseado por los escenarios del mundo, la
triumfal leyenda de nuestra raza. Es el monu-
mento viviente a nuestra majeza secular que

Registrada. Queda hecho el
depósito que marca la ley.

cautiva y fascina, es una hija del arte que ofrenda las delicadezas de su temperamento a todos los públicos, es una española que habla a los expatriados en tierras de América, de su patria lejana que ella sintética y evoca entre las notas picurescas o sentimentales de un cuplé.

En todas y cada una de las escenas de «La Tierra Prometida», el alma de Raquel está allí presente para impresionar nuestra alma y hacernos sentir la suprema sensación de la realidad. El dolor y la alegría al pasar a través de su alma, llegan a la nuestra con la intensidad del sentimiento.

En sus toilettes elegantísimas, en la vida fastuosa de Londres, Raquel se muestra con la suprema elegancia y distinción que le han valido el dictado de ser una de las mujeres más elegantes del mundo.

Su personalidad en el campo de la cinematografía, adquiere a cada nueva producción mayor relieve, siendo muchas las casas cinematográficas del Nuevo Mundo que la han hecho ventajosísimas ofertas tentadoras para muchas que se precian de ser estrellas.

En «La Tierra Prometida» Raquel Meller es la intérprete ideal que siente de todo corazón su papel. Ella es ingenua y buena sin exageración y sabe llegar a la cumbre del más heroico de los sacrificios cuando se lo exige su padre en bien de sus queridos compatriotas, hermanos desgraciados en los que se ha cebado la adversidad y que nunca sintieron en su pecho las legítimas ambiciones.

El Programa Verdaguer ha realizado una de sus más valiosas adquisiciones y hallará la

compensación a los enormes dispendios llevados a cabo en el favor del público y el aplauso de los amantes del arte porque no hay pero en la superproducción que por obra y gracia del genial Henry Roussel y patrocinada por las ediciones de Nerly se ha lanzado al mercado conquistando rápidamente el favor de todos los públicos mundiales, que no le han regateado su aplauso.

En España su éxito será clamoroso porque la popularidad de Raquel Meller va cada día en aumento y el sensacional y fino argumento de «La Tierra Prometida» es de gran valor moral, desprendiéndose de sus escenas, que sólo existe una verdad, el amor que nos conduce a la *tierra prometida*, iluminada con los destellos eternos del genio del cristianismo.

A. G.

LA CENA DE PASCUA

Nos hallamos en el encantador pueblecito de Skaravaloff, situado en los Balcanes Orientales.

Los muros que lo rodean parecen defenderle de la acometida renovadora de la civilización que apenas ha podido penetrar en su infranqueable recinto...

Es el primer día de Pascua del año 1911 y en casa de Samuel, que goza de gran prestigio entre los suyos, porque sus sanos consejos, escuchados con atención y practicados al pie de la letra, han devuelto la paz y la felicidad a más de un hogar, del que se habían alejado para siempre...

De ahí que sea respetado y venerado y goce de cierta autoridad moral que le da todos los caracteres de los antiguos patriarcas.

Samuel Sigulim tiene dos hijas y un hijo adoptivo, al que prohió cuando a los pocos años de su nacimiento, quedó huérfano de padre y madre y al que profesa profundo cariño.

Llámanse las hijas de Samuel, Esther la mayor, que cuenta 13 años, y Lia la menor, que ha cumplido 8 primaveras, y ambas comparten con el padre, las dulzuras de una vida tranquila exenta de lujos, que están reñidos con el austero temperamento del patriarca pero desconocedora también de privaciones y sinsabores, que lleva aparejados el afán de frivolidades, tan perjudiciales a la sana moral, como el porvenir de las jóvenes.



Lia Sigulim Raquet Metler

David se llama el hijo adoptivo y por su delicado estado de salud, le tiene dedicado Samuel a la copia de los sagrados textos y la difusión por medio de ejemplares hechos pacientemente a mano, de algunas obras de filantropía de las que él es autor y en las que condensa sus sanas doctrinas, hijas de la bondad de su carácter y de la experiencia que de la vida posee.

Samuel, fiel continuador de las tradiciones de su raza, concede gran importancia a las fiestas de ritual en su patria y se dispone a celebrar en la paz del Señor las fiestas de Pascua.

Su hermano Moisés, natural también de Skaravaloff, se halla entre la familia, cosa desastrosamente en él, pero se ha sacrificado de buena gana para dar contento a su hermano.

Moisés es el reverso del carácter de su hermano. Es lo que se llama hoy en día, un hombre práctico, definición que debería sustituirse por un hombre materialista, ya que esta clasificación encaja más, como veremos, en el carácter del hermano de Samuel. Este, que empezó en la propia Skaravaloff el poco filantrópico oficio de prestamista, encontró pronto que aquella población anticuada, era marco poco a propósito para desarrollar en él sus grandes concepciones comerciales y se trasladó a Londres, donde pronto con su carácter especulativo y arriesgado, logró reunir una regular fortuna que le distanciaba cada día más de su humilde hermano, casado únicamente de vivir entre sus paisanos, y serviles de luminoso guía, aconsejándoles resignación y paciencia ante las adversidades y miseria que les agobian por doquier.

Para poder desenvolver mejor sus proyectos financieros, que exigen de él una continua movilidad, Moisés ha dejado en Skaravaloff a su esposa Simcha, que vive en unión de su cuñado Samuel.

En los breves momentos en que los dos hermanos permanecen juntos, pronto se exterioriza en aguda, pero amigable discusión, la diversidad de sus pareceres.

—Trabajad con provecho en lugar de pasar la vida gimiendo y lamentándoos estérilmente de vuestra pobreza. Y si vuestra patria os ofrece menguados medios, abandonadla y buscad en otras tierras, las riquezas a que tenéis legítimo derecho.

El descarnado materialismo y desapego a la tierra natal, que campea en estas palabras, ofenden a Samuel, quien replica indirectamente:

—Recuerdo a mi hermano Moisés, que ha venido a pesar las Pascuas con nosotros y no a criticar las costumbres sagradas de nuestros gloriosos antepasados.

II

LA RIQUEZA OCULTA

Mientras se prepara la comida de Pascua se da cuenta Simcha, la esposa de Samuel, de que faltará leche para confeccionar uno de los guisos y manda a David y a Lia, que vayan por ella a una granja inmediata.

Durante el camino y mientras los dos niños cabalgan en un paciente rucio, ocurre un accidente que si bien no tiene consecuencias in-

mediatas, es de gran trascendencia durante el transcurso de la obra.

Asustado el animal por la rápida marcha de un vehículo que cruza junto a él, da un salto brusco y despide a los dos jinetes que son lanzados sobre la cuneta, cayendo de cabeza sobre un espeso matorral donde existe un charco de una sustancia sucia y acilosa.

Repuestos del susto y previa revisión inmediata del físico respectivo, que ha resultado indemne, ayudan al veterano burro a levantarse y montados en su lomo, emprenden el regreso, no sin antes dar una prueba del afecto que David siente por Lia estas sencillas y tiernas palabras:

—No te habrás hecho daño, ya que tus hermosos ojos brillan de alegría... Cuando leo en el Cantar de los Cantares aquella estrofa «Tus ojos son como los de las palomas, es en los tuyos, Lia, que yo pienso siempre.

En tanto, en casa de Samuel van penetrando los invitados entre los que se encuentran, según antigua costumbre de la familia Sigulim, que Samuel siempre ha respetado, los pobres más humildes de la aldea.

Una vez todos han tomado asiento en la mesa, cubierta con albo mantel, Samuel clava sus ojos al cielo, implorando la bendición de Dios al que ofrece la emocionante ceremonia, con esta sentidas palabras:

—¡Oh Dios Todopoderoso! permítenos que a pesar de nuestra humilde situación, seamos útiles a nuestros semejantes...

Transcurre la cena en medio de la más profunda veneración. Los pequeños inician sus comentarios...



Andrés, Conde de Orinsky. . . . Andre Roenne

Lia pregunta a su hermano adoptivo:

—Dime, David, ¿es para el primer semejante nuestro que pase, para quien mi padre, como todos los años, llena la copa?

David, que por su condición de ayudante de Samuel en sus trabajos literarios y filosóficos, conoce el significado de aquella práctica tradicional en la familia, le responde con tono severo y doctoral:

—Sí, Lia, y como todos los años, te manda que vayas a abrir la puerta y le ofrezcas hospitalidad al primero que pase, sin distinción de edad, sexo ni clase social...

Lia, siempre curiosa, replica con rapidez:

—¿V crees tú que datá la coincidencia de que ahierte a pasar alguien? ¿Sería providencial?...

Verdaderamente, aquel día había un secreto plan en los inescrutables designios de Dios.

Cuando Lia con la copa de vino en la mano, símbolo de la hospitalidad debida según la Ley de Dios a todos nuestros hermanos, abrió la puerta, apareció en ella un niño de unos diez años de edad, hijo del Conde Orlinky, que seguido de su padre, penetró en casa de Samuel preguntando:

—Según me han informado, se halla aquí un prestamista llamado Moisés Sigulim, de Londres...

El recién llegado y que así se expresa, es el Conde Orlinky, gran terrateniente, propietario de vastas regiones en Gorutza, lindantes con Skaravuloff.

Denota claramente el objeto de su visita la pregunta efectuada, la contrariedad que se

refleja en su semblante y las siguientes palabras, dirigidas a Moisés:

—Me es imposible cancelar mañana el préstamo que pesa sobre mis tierras de Gorutza y que me facilitó su oficina de Londres. Por eso enterado de su visita a este pueblo, he venido a comunicárselo.

Moisés, agusto como buen prestamista, asiente a las palabras del conde, y fingiendo para con él la mayor cortesía, le suplica le disculpe el que permanezca cubierto, por ser costumbre en la ceremonia que se está celebrando y no querer por tan fútil motivo, discutir con su hermano Samuel, fiel observador de la tradición.

En tanto, el pequeño Orlinky, que ha salido a la calle en un descuido de su padre, se ve acometido por los harapiezos que allí jugaban, salvándole la oportuna intervención de Lia, de que entra algunos desperfectos en el traje y en su persona...

Lia, molestada por la mala acción de sus convecinos, exclama en son de córgico reproche:

—Sois unos malos creyentes, porque la religión aconseja amarnos todos como hermanos y vosotros ibais a cebaros en él, si no intervego.

Este rasgo demuestra de modo irrefutable, la bondad que atesora el corazón de Lia y mueve a gratitud al pequeño Andrés, que reconoce la valía del apoyo, diciéndole:

—A no ser por ti, aquellos brutos me hubieran hecho pasar un mal rato.

Mientras prosigue la discusión entre el prestamista, Moisés, que como a tal procede y argumenta contra el Conde, ocurre un incidente

tan casual, que a no ser el astuto prestamista, nadie hubiera sido capaz de haberle sacado partido.

Al abrazar a Lia, Moisés nota un marcado perfume a petróleo en su cabeza e intrigado interroga a la esposa de Samuel.

—Binah, ¿por qué lavas el pelo de esta niña con petróleo?

La interrogada contesta con sincera extrañeza:

—Moisés, yo jamás se lo he lavado con petróleo... ¡Son ilusiones tuyas, si tal crees!

El avisado comerciante ha visto cruzar un relámpago dotado por sus ojos. Interroga a Lia y ella le responde ingenuamente, relatando lo ocurrido durante su viaje a la granja.

—Sí, tío, desde hace un momento, que el hurro nos tiró frente al erial de Gorutza, olemos a quinqué...

Estas palabras han confirmado en Moisés la sospecha que albergaba de que en las tierras propiedad del Conde Orinsky existían yacimientos de petróleo en estado primitivo, pero que explotados con los procedimientos modernos, podrían dar un rendimiento enorme, produciendo fantásticos beneficios a los que invirtieran su capital y energías en tan magna empresa.

Con esta idea en su imaginación, vuelve a reanudar la conversación sostenida con el Conde, quien queriendo conocer su pensamiento, le pregunta:

—Acabemos de una vez, ¿persiste usted en ponerse entre la espada y la pared?

Moisés, sin dejar entrever la ansiedad que le consume por llegar a un acuerdo con el

Conde, finge todo lo contrario y le acusa con sus demandas exponiéndole entre otros argumentos:



El rubioso triunfo de Andrés en las regatas... (pág. 20)

—¿No sabe usted, señor Conde, que el contrato de préstamo me autoriza a proceder a la venta de sus tierras de Gorutza?

El Conde, debiendo rendirse a la evidencia, replica:

—Por desgracia es así, Moisés, pero tenga usted un poco de paciencia, que poco he de tardar en pagarle...

Moisés cambia rápidamente de táctica y tomando un aire de generoso protector, exclama dirigiéndose al Conde:

—Muy pronto podrá usted apreciar, señor Conde, la diferencia que existe entre el antiquado aldeano de Skaravalooff y el moderno comerciante Sigulim, establecido en Londres y ramificado en todo el mundo. Acepto en diferir el contrato y hasta opino que lo mejor es liquidarlo, cambiándolo por una participación del cincuenta por ciento en el futuro rendimiento de sus tierras de Gorutza...

Y para hacer presión en el ánimo del Conde, agrega con acento de encubierta amenaza:

—De lo contrario, sus tierras se venderán mañana mismo...

Ante tan apremiantes razones, el Conde accede a las pretensiones de Moisés y le garantiza la mitad de los beneficios que puedan obtenerse en la explotación de sus tierras, bajo la dirección de personal a las órdenes de Moisés.

Como corolario final a la discusión y para sellar el acuerdo, añade Moisés:

—De hoy en adelante, me será usted dador de una inmensa fortuna.

Y como el Conde hiciera un ademán de duda, agregó misterioso:

—Poco he de tardar en probarlo.

Una vez se ha marchado el Conde, no sin que su hijo haya cambiado una mirada de sincero afecto con Lia, agradeciéndole su salvamento de las iras de los muchachos, Moisés

empieza a bailar como un loco, gritando a su hermano:

—¡Danza como David ante el arca, Samuel, tu hermano es rico!...

Extrañados todos los presentes de los gestos y la frenética alegría de Moisés no aciertan a comprenderlo, pero él sigue repitiendo entre jubilosas demostraciones:

—¡Hay petróleo!... ¡hay petróleo!...

Y luego, ante las insistentes preguntas de Samuel y los suyos, añade como única explicación:

—Hay petróleo en las tierras del hombre que acaba de salir y yo llevo en la explotación el cincuenta por ciento de los beneficios.

En su clara visión del radiante porvenir que le espera, Moisés suplica a su hermano Samuel:

—Abandona este país miserable, donde llevarás siempre una vida oscura llena de privaciones.

Samuel, consecuente con sus ideas, toma como una ofensa las palabras de su hermano y le replica:

—Mi tumba será cavada aquí, donde viven mis hermanos, en la tierra que me ha visto nacer, la misma que recogerá mis restos.

No se da por vencido Moisés, que quiere que su familia participe de su opulencia en Londres, e insiste:

—Por lo menos confíame a tres hijas para que las eduque en Londres conforme a la posición que allí ocupó yo...

Para dar satisfacción a su hermano, Samuel le cede sus hijas Esther y Lia, haciéndole una última recomendación:

—¡Júrame, Moisés, que mis hijas serán siem-

pre dignas de nuestros virtuosos antepasados!

Promete Moisés velar por ellas y acompañado de las dos niñas parte para Londres, meditando la gigantesca empresa petrolífera que d'be constituir, para lanzar pronto al mercado las acciones que permitan empezar seguidamente la explotación.

III

DOCE AÑOS DESPUÉS

Nos hallamos en Londres, en la sonriente primavera del año 1924, cuando la hermosa capital, alma comercial del mundo, empieza a engalanarse con las más hermosas prescas de la estación florida...

Moisés Sigulim, cuyos planes se han realizado punto por punto de acuerdo con su gigantesca concepción financiera, es el Rey del Petróleo del Nuevo Mundo. Su fácil descubrimiento en tierras de Gorutza, ha sido el origen de su inmensa fortuna.

También Skaravaloff la humilde, ha sufrido una variación radical.

Sus bosques se han transformado en un centro de actividad petrolífera que ha convertido en obreros, a los que antes vivían miserablemente de los escasos productos de la tierra.

Lia se ha hecho una hermosa joven, cuya belleza corre parejas con su humildad y recato a pesar de vivir en Londres, en el fastuoso ambiente que rodea la existencia de su tío Moisés, convertido en uno de los hombres más prestigiosos de las altas finanzas londinenses.

Por el contrario Esther, la hermana mayor, se vanagloria de su nueva vida y goza con el lujo de que hace gala, menospreciando a los que no pueden igualarla en toilette y otros dispendios, que la prodigalidad de su tío la permiten.

Frecuentando los centros elegantes y las reuniones de la alta sociedad inglesa se encuentran, en ocasión de unas regatas en el Támesis, las familias de Sigulim y Orilinsky.

Andrés de Orilinsky, hijo del Conde, que desempeña en la Sociedad de los Petróleos de Skaravaloff un importante cargo, resulta vencedor en las regatas, y su victoria da motivo a que las sobrinas de Moisés fijen en él su atención.

Lia recuerda en aquel joven, cuya elegancia y mundanidad le hacen ser uno de los partidos más codiciados por las niñas casaderas, al que salvó en Skaravaloff de las iras de los muchachos que al ver su diferencia de posición social, le atacaron al salir de casa de Samuél en ocasión en que se celebraba la cena de Pascua.

Cuando los amigos de Andrés le hacen observar que las miradas de Esther y Lia convergen en su persona, rodeada de la aureola del sportman triunfador, él contesta desdofosamente:

— ¡ Ah!... ¡ Los Sigulim! Sí, son hermosas, en especial la hermana menor, pero es una familia tan poco grata a la mía... Su tío se apoderó de la mitad de nuestra fortuna, mediante una estuatagema de no muy buena ley...

Los amigos de Orilinsky, que han sabido adivinar en las palabras de Andrés, a pesar de su aparente indiferencia, cierto disimulado in-

terés por la hermosa Lia, insisten conciliadores:

—Razón de más para que les seas presentado.

Andrés no responde y abandonándose a la voluntad de sus amigos, deja que éstos le conduzcan en hombros celebrando su triunfo hasta el delicioso grupo formado por Esther, Lia y algunas de sus bellísimas amigas, que han contemplado desde la orilla el náutico torneo en el que el de Orinsky ha derrotado a sus adversarios por su atlética fuerza y destreza en el hogar.

Momentos después tenía lugar la presentación.

—El Conde Orinsky, ingeniero de la Sociedad de los Petróleos de Skaravaloff.

Andrés se inclina respetuosamente, mientras admira a pocos pasos de él la belleza realmente fascinadora de Lia...

Ella, que espera la ocasión para hacerle saber que le ha reconocido, a pesar del tiempo transcurrido, le dice con una encantadora sonrisa en sus bellos labios tentadores:

Distinguido señor, su salvadora le saluda.

El acento de ingenua reticencia que se adivina en estas palabras causa favorabilísima impresión en el ánimo de Andrés, que no recordando exactamente a qué pueda referirse su hermosa interlocutora, hace un delicado gesto de profunda extraneza.

Lia, clavando en él la mirada dulce y penetrante de sus grandes ojos soñadores, agrega evocadora:

—Yo soy, señor, aquella niña de Skaravaloff que le abrió la puerta la noche de Pascua y que luego le arrancó de manos de unos chiqui-

llos traviesos que alentados por el número quisieron pegarle...

Andrés ha visto cruzar por su mente la fái-



„festuoso ambiente que rodea a Molsó (pág. 38)

gida llama de aquel recuerdo, que sólo los múltiples pensamientos de sus diversas y delicadas ocupaciones motivadas por los negocios de la Sociedad, han logrado que olvidara...

—Perdone mi ingratitud, señorita, he de-

jado pasar doce años sin darle las gracias por su generoso servicio...

Moisés, que como buen comerciante sabe que la buena armonía entre los componentes de una sociedad, es garantía de su duración y buen funcionamiento, se apresura a invitar al de Orlinsky a que cene en su casa el próximo viernes, día que tiene destinado a recibir a sus amistades. Esta fecha del viernes, coincide con la que en Skaravaloff tenía destinada su hermano Samuel para recibir a los pobres a los que también el viernes, sentaba a su mesa considerándolos como huéspedes sagrados. Así la tradición y la modernidad imperiosa, conservan en el fondo y a través de las distancias, cierta pequeña afinidad.

IV

LOS CRRADORES DE LA RIQUEZA AJENA

Abandonemos por un momento Londres la soberbia, y en alas de ese infatigable corcel que se llama imaginación, trasladémonos a la humilde Skaravaloff, que si bien ha variado algo en su aspecto exterior, sigue siendo la población sufrida que ostenta el fruto de su trabajo a los poderosos, que desde muy lejos, gozan con los esfuerzos ignorados, que se traducen allá en pingües dividendos.

La explotación de la riqueza natural que en forma de yacimientos petrolíferos, posee aquella tierra, ha dado ocupación a muchos de los aldeanos, pero los jornales que les paga la poderosa sociedad son exiguos y careciendo por otra parte aquellos rústicos de la cultura y eficiencia productiva que su nuevo trabajo re-

quiere, son sustituidos paulatinamente por obreros enviados desde Londres por el Consejo de Administración, sin que Samuel Sigulim, que asiente a tales medidas, recuerde por un momento a sus desventurados compatriotas y se tome por ellos el más pequeño interés levantando su voz para defender sus derechos...

Así un día y otro día, se va formando un estado de latente tirantéz entre los obreros del país y los inmigrantes de Londres que se traduce en mutuo alejamiento.

De poco sirven las palabras conciliadoras del buen Samuel, que les reúne en el local destinado a este efecto y en donde él deja oír su voz de apóstol, recomendando siempre bondad, amor y tolerancia. Sin embargo, en el fondo, el propio Samuel no puede dejar de reconocer que a sus compatriotas les asiste la razón, pues siendo ellos naturales de aquella tierra que produce tan preciada riqueza, son menospreciados y retribuidos con mezquindad manifiesta.

Continuamente sus buenos amigos que le acatan y veneran manifiestan su descontento y los más exaltados le indican claramente que es su hermano Moisés quien permite que sean víctimas de tan vejatorias medidas...

Para calmar su descontento, Samuel se ve obligado a convocarlos en el local donde se reúnen los días festivos para dedicarse a sus prácticas religiosas y les exhorta a no promover disturbios prometiéndoles que hará llegar su voz hasta los directores de la sociedad para que éstos atiendan sus justas demandas.

De nuevo clama en esta ocasión la voz de los descontentos.

—No ignoramos quien es el causante del

déplorable estado en que nos hallamos. Debe usted saber, venerado Samuel, que es su hermano Moisés quien permite la inmigración de esos obreros extranjeros que nos echan lentamente de nuestros puestos, haciéndonos temer que un día nos falte el pan de nuestros hijos...

Otros, haciendo apreciaciones de fúdole no tanto personal, agregan con acento de profunda amargura:

—Jamás hubiéramos soñado que Moisés, natural de Skaravaloff donde inició su fortuna y descubrió la explotación que le ha dado tan enorme poderío comercial, nos tuviera en tan cruel olvido...

El clamor general apoya las quejas de estos espontáneos oradores y Samuel ve precisado a prometerles:

—¡Pobres amigos míos!... Yo haré llegar a oídos de los directores vuestras quejas y procuraré que cese el despido sistemático de los obreros de esta sufrida población, generadora de la riqueza que a nosotros no nos aprovecha...

Las palabras del patriarca satisfacen a todos que tienen puesta en él su ciega confianza y se proponen esperar pacientemente el resultado de sus gestiones en Londres.

Al día siguiente, a pesar de la enorme distancia que separa Skaravaloff de Londres y de los achaques de Samuel, éste emprende el penoso viaje con la esperanza de ser útil a sus queridos compatriotas.

No en balde les profesa un cariño de hermano, haciendo buenas las sagradas palabras de Cristo:

—Amaos los unos a los otros...

Una sola cosa contraría a Samuel.

Su viaje coincidirá con uno de los viernes que tiene destinados en Skaravaloff a convivir unos momentos con los humildes...

—No importa— piensa el santo varón—, mi hermano tendrá la misma costumbre y allí podrá cumplir con esta sagrada práctica, que me enseñaron mis venerados antepasados...

V

LOS NUEVOS RICOS

Y látenos de nuevo en Londres, en uno de los magníficos viernes de Moisés Sigulim, Rey del Petróleo...

Su palacio es un ascua de luz resplandeciente que pone en la bruma sus rayos perforantes.

Una larga hilera de autos de los que descienden encoquetados caballeros y elegantes damas, demuestra la calidad de los invitados.

Y no son ciertamente los astrosos mendigos de Skaravaloff...

Son los príncipes de la banca y la industria, que rinden vasallaje al Rey del Petróleo, adorando en su casa al becerro de oro que resume todas sus aspiraciones...

Algo perplejo, quéjase el buen Samuel al ver el lujo y la espléndida de que su hermano vive rodeado...

Mas recordando sus máximas, lo atribuye a la necesidad de rodearse de gente de posición, para poder desarrollar sus proyectos comerciales que necesitan la cooperación de las mayores fortunas.

Trabajo le ha costado llegar hasta la puerta de entrada, esquivando el ser atropellado por

alguno de los rutilantes autos que entran y salen con vertiginosa rapidez...

Afortunadamente un anticuario que se había empeñado en trasponer los umbrales del palacio del opulento Moisés, se ha prestado a ser el acompañante de su hermano, porque ha visto en aquella ocasión excepcional, la de ofrecerle sus mercancías.

A éste, y como nota demostrativa de la actividad y mil habilidades de que se valen los agentes de mil fantásticos negocios, acompañan varios mercaderes que aprovechan igualmente la oportunidad para colarse en casa de Sigulim, con la esperanza de que sus numerosas y constantes ofertas se vean finalmente correspondidas por alguna demanda que les deje un buen beneficio.

Artimañas del mundo comercial, que Samuel desconoce completamente y a las que en su inocencia y en su deseo de llevar huéspedes humildes a la tradicional cena del viernes, sirve de mediador providencial...

Andrés de Orlinsky es uno de los invitados a la cena de Moisés y durante la reunión que precede a la comida, cambia con Lia interesantes palabras, que le sirven para conocer la bondad que atesora el alma de la joven.

No en vano ésta ha sido educada en las sanas máximas de amor y moral de Samuel. Lia las recuerda y en su conversación con Andrés procura atraerle a la vida de humildad y altruismo en que fué criada.

Andrés, maravillado del lujo que aparece en todas las dependencias del palacio de Moisés y conociendo las ideas de Lia, la pregunta:

—Me dijo usted que odiaba las riquezas, y

entonces ¿cómo puede usted hallarse a gusto entre ese lujo deslumbrador?

Lia, comprendiendo el alcance de las pala-



También Moisés si te corruqueas arrastrando a tus hermanos (pág. 32)

bras de Andrés, que busca ponerla en evidencia con la realidad y en menosprecio de sus utópicas ideas, replica con viveza, reflejando en sus palabras su pensamiento elevado:

—Este lujo me es odioso, pero también le tengo horror a la miseria, porque en el fondo, es un dolor para los que la padecen y no son ciertamente los poderosos...

Y para completar la fiel expresión de su pensamiento, agrega la encantadora joven:

—Sueño con la perfección moral y también material de todos los hombres y sé distinguir entre el confort que hace la vida agradable y el lujo estéril, que es una ofensa a los desheredados...

Andrés, que conoce las ideas de Samuel y que las ve ahora en los labios adorables de Lia, le dice procurando demostrarla que ha comprendido las reflexiones de la joven:

—En suma, que sueña usted con una humanidad nueva... con una tierra *prometida*... ese paraíso, donde sólo existe la bondad y el amor...

Asiente la joven con un leve movimiento de cabeza y la conversación es interrumpida por la llegada de Samuel y sus espontáneos e interesados acompañantes.

Moisés, aunque algo desconcertado por la inopinada presencia de su hermano, disimula su contrariedad y dando a sus palabras un acento de sinceridad entre real y fingida, exclama dirigiéndose a sus invitados, que ya manifestaban verdadera curiosidad para saber la personalidad del recién llegado:

—Amigos míos, les presento a mi hermano Samuel.

Moisés, ante la comitiva de invitados que le trae su hermano, comprende su objeto y añade, dirigiéndose a los comensales:

—Estos caballeros honrarán nuestra mesa y

serán los huéspedes sagrados del viernes... tal es la costumbre heredada de nuestros antepasados y que precisa cumplir.

Inmediatamente los avisados compañeros del bondadoso Samuel, toman asiento alrededor de la mesa y mientras unos, más glotones, se deleitan con los sabrosos manjares, otros, más prácticos, ofrecen a sus compañeros de convite joyas, antigüedades y otros mil efectos con marcada insistencia y profundo desagrado de los importunados y elegantes comensales, algunos de los cuales ríen la prueba de espíritu comercial de que algunos dan patente fe.

Terminado el succulento ágape, Moisés vuelve a tomar la palabra:

—Señores, mi hermano Samuel se apenaría, si les viese retardar por causa de su presencia las alegrías de la danza.

VI

EL BAILE EN EL PALACIO SIGULIM

Mientras las parejas recorren al son de nutrida orquesta los brillantes salones, Samuel aprovecha la ocasión para hablar con Lia.

Nada interesa tanto al buen padre como saber si sus hijas han conservado latente en sus almas las sagradas enseñanzas que él les prodigó con la palabra y el ejemplo las más inolvidables de las pláticas.

Lia le asegura que no se ha separado en lo más mínimo de sus enseñanzas y ratifica su afirmación con estas palabras:

—No, padre, las riquezas que me rodean, no me retendrán aquí ni un solo momento cuando vos me ordenéis partir.

Grande es la alegría del anciano, al obtener esta corroboración escuchada de labios de su hija, la más amada...

No puede contener su júbilo y exclama:

—Gracias sean dadas al Todopoderoso y que él me ahorre el dolor de ver a mis hijas olvidándose de mis doctrinas.

Y en verdad que no las han olvidado, pues Lia, de estudio que su padre siga viendo en ella a la humilde niña que educó con tan gran ternura, agrega:

—He conservado, padre, la veneración que os debo y jamás me apartaré del camino que vuestras amonestaciones paternales me han trazado.

Algo del espíritu moderno se ha infiltrado en el alma de Lia durante su estancia en Londres, y su demostración está en las siguientes palabras:

—Precisa reconocer, padre mío, que nuestras almas no pueden encerrarse en los estrechos moldes de los antepasados, porque la marcha de los tiempos tiene forzosamente que arrollar usos y costumbres incompatibles con los progresos de nuestros días.

La expresión de profunda pena que lo dicho por su hija hace aparecer en los ojos del ventrable Samuel, trócanse bien pronto en airada protesta de su espíritu en el que ha anidado la tradición secular de sus mayores, exteriorizándolo en sus anérgicas frases, en las que aparece toda la fegosidad del apóstol, decepcionado por sus discípulos que en este caso, son al mismo tiempo hijas suyas, carne de su carne y espíritu de su espíritu...

—¡Oh Lia, no te reconozco!... por tus pa-

labras impías, por tus vestidos poco decorosos... veo en esta casa, una mezcla de gentes de dudoso vivir en mescolanza que se ha dado en llamar ahora el gran mundo y que permite codicarse a los nobles de pura cepa con los financieros encumbrados a fuerza de tenebrosas combinaciones y negocios tal vez reunidos con la diáfana claridad que tanto agrada a las acciones buenas y las vidas honestas.

Y su voz adquiere la máxima intensidad y sublime en su gesto de actor justiciero, añade:

—¡Desgraciada!... ¿Osarás discutir la ley sagrada que debe regir todos los actos de la mujer y del hombre en todos los órdenes y esferas de la vida?..

Brilla la decisión en sus ojos, animados de extraña fiebre y conjura sentenciador:

—Mañana mismo vuestro padre se os llevará de aquí, para que dejéis de respirar este ambiente que no es el vuestro.

Lia, reconcentrada en sí misma, comprende que la razón asiste a su padre y se siente avergonzada por las palabras que pronunciara en defensa del lujo y la molición de que por un instante se ha visto envuelta, sin que logran adormecer en su espíritu, su verdadera manera de ser, tan distante de los perniciosos ejemplos que velados por el buen tono y disimulados bajo la máscara de la elegancia y de la moda, ha presenciado.

Samuel está transfigurado... Una fuerza extraña y poderosa le obliga a coger de la mano a su hija para sacarla del salón...

Sus convicciones le arrastran dándole un

impulso gigantesco y prestando a su cuerpo el vigor de la juventud...

Desde lo alto de la escalera domina el salón de baile, una pieza rectangular resplandeciente como ascua de oro, donde brillan las toilettes costosísimas y los fraes impecables...

Bailan animadamente, haciendo ostensible desdén de cuanto puede tener relación con la vida exterior. La despreocupación por cuanto no constituya diversión o placer, se refleja en sus semblantes. Sólo les anima la danza de moda, la música importada, ridícula, sin la majestuosa cadencia de los bailes antiguos, donde no se perdía la gravedad en el continente y la apostura en las figuras, ni se ponía a la pareja en el duro aprieto de un estudio concienzudo y atrabiliario de academia...

La indignación ante tal espectáculo y la imagen de la miseria en que viven los obreros de Skaravaloff, acude a la mente de Samuel, que en voz alta les increpa:

—Olvidáis que todos los hombres somos hermanos... mientras derrocháis el oro, aquellos a quien varios de vosotros debéis la fortuna, viven rodeados de privaciones...

Sus frases fustigan como el látigo de Aqual que arrojó a los increadores del templo...

Ante vuestros egoísmos, yo levanto mi grito, inspirado en la más elevada justicia y suplico a Dios que tome bajo su amparo a los humildes y desheredados de la fortuna.

Y termina su vibrante oración, exaltada del más puro filantropismo, con estas frases, conminatorias para su hermano:

—Tiembla, Moisés, si es verdad que te enriqueces arruinando a tus compatriotas, a los

obrerros de Skaravaloff, la tierra que te vio nacer... Tiembla, Moisés, porque te veo rodeado de los que deberías despreciar, por ser



Le sigue a su padre... (pág. 34)

opresores de tus hermanos, cuyas súplicas desoyen...

La mayoría de los concurrentes, conceden escasa importancia al incidente, mas no falta

quien tomándolo como razonada queja dirigida a él, exclame:

—¡No es del todo ridículo ese viejo Jeremías!...

* * *

Poco tarda en volver el salón, a recuperar la normalidad. Ataca la orquestina jazz-band las notas del shimmy de moda y las parejas, alocadas, siguen danzando mientras entre Samuel y su hermano Moisés prosigue arduamente la discusión en el terreno privado...

Sólo Lia y Esther lo presencian.

Moisés, molesto por las palabras de su hermano, quiere convencerle de que sus idealismos le apartan de la realidad, entablándose entre los dos, este diálogo a veces agriado por la distinta ideología y a ratos conciliador, como discusión temática entre hermanos.

—Convenido, Samuel, en que somos adoradores del becerro de oro, pero ¿qué sería de nosotros y de la Humanidad toda si no sintiéramos la justa codicia de mejorar nuestra condición social?...

Samuel no asiente a las palabras de su hermano, pero sigue escuchando la razonada exposición de sus puntos de vista.

Moisés agrega:

—Porque todo se compra con el oro... y yo no lo hubiera poseído nunca, si me hubiera codeado con aldeanos solamente. El hombre moderno debe rodearse de comodidades y confort, que hacen la vida más agradable y conducen a un ideal de felicidad que es la esencia del mejoramiento del vivir...

Lia sigue a su padre, cuando éste como

única respuesta a las palabras de su hermano, emprende la marcha en dirección a la puerta lanzando al salón una última mirada de desprecio...

Una última observación dolorosa llévase consigo como consecuencia de la estancia en casa de su tío Moisés. Observación pertinaz que ha visto confirmada en el instante de la despedida.

Su tío Moisés tiene para ella complacencias y atenciones inspiradas en una pasión más fuerte que el afecto familiar.

Lia lo recuerda con horror porque sabe que Moisés es una potencia financiera capaz de conseguir con su oro la victoria de cualquier empresa...

No obliga solamente a Lia la autoridad del padre, que en toda familia es sagrada y mayormente en la de Samuel, que respeta la tradición legendaria en los de su raza, porque quiere morir siempre entre las enseñanzas que le legaron sus mayores...

Esther también, aunque a regañadientes, abandona la casa de Moisés, entre cuyo lujo se encontraba perfectamente, porque cuadraba a su espíritu dado a la molición, la existencia regalada que allí llevaba.

Otra causa reconocía la tristeza con que Esther abandonaba la casa de Moisés... ¿Cómo iba a poder ver ahora a Andrés de Orliinsky, por el que sentía una pasión que se adueñaba completamente de su existencia y por el que era capaz de las peores locuras?

No había dejado de comprender Esther, que el hombre que ella idolatraba no podía corresponder a su amor, porque profesaba a su hermana Lia, una pasión nacida del afecto que

ya en la niñez y en la tradicional cena de Pascua había tenido su origen...

Lia condensa su opinión en estas palabras:

—Una hora y qué cambio tan inmenso! Escuchando a mi padre se han despertado en mi alma, confusos sentimientos de bondad y amor, que van tomando cuerpo y sentando sus reales en mi espíritu, ya siempre inclinado al amor por los humildes.

Insiste Andrés, no resignándose a perder al bien amado cuya exquisita alma ha empezado a comprender...

—No me abandona. Lia querida, porque será espantosa la soledad de mi alma, rodeado de gentes abstraídas en la vida prosaica de los negocios... ¡Cuánto añoraré sus palabras y esas alentadoras miradas de sus ojos, tan divinos, tan elocuentes, cuando hablan de amor... Entonces una ráfaga invade mi espíritu, arrojando de él los tristes pensamientos. Mas ahora... ¡solo!... ¿qué será de mí?...

Lia, impresionada por las ardientes palabras de Andrés, que reflejan el verdadero amor que encierra su pecho, siente que su ánimo flaquea y no quiere confesar que aunque ella se vaya, allí queda su alma prisionera de la simpatía y gallardía de Andrés, cuya imagen quedará grabada eternamente en su alma como perenne será en su corazón el recuerdo de aquel primer amor de su vida...

Por fin, dominándose a sí misma, puede articular estas palabras:

—...Y además hay gentes que sufren... y allá está mi deber que me llama...

También en el ánimo de Andrés se ha operado un cambio notabilísimo que se refleja en

sus palabras, patentizando que latén al unísono los dos corazones y que los mismos sentimientos rebosan en ellos...

Andrés corrobora las palabras de Lia con las suyas:

—Entonces, hasta la vista, estimada amiga; seguramente que muy pronto me tendrá a su lado para ayudarla...

Una mirada de intensa alegría, de esa única alegría capaz de compensar el dolor de la separación que en aquel instante comienza, se refleja en los ojos de Lia, humedecidos por una lágrima, apenas contenida con un esfuerzo heroico...

Va los labios no pueden hablar y los ojos se dicen en un supremo gesto de resignación, un *adiós* definitivo...

Samuel no quiere abandonar la casa de su hermano, sin antes dirigirle una última recomendación, salida del fondo de su alma,

—Una vez más te imploro en nombre de tus hermanos, poco favorecidos por la fortuna, que no te llamen Caín... Procura con tus bondades, captarte sus simpatías aunque disminuya algo el oro de tus arcas... mientras consigas mayor satisfacción para tu conciencia...

Moisés, que en el fondo lamenta desde su punto de vista, que su hermano se deje regir por sentimentalismos que él estima impropios de un hombre a la moderna, le replica:

—Querido hermano y venerado apóstol de las rancias ideas que rebosan tu buen corazón... Es inútil que te empeñes en mejorar la Humanidad... Debes aceptar a los hombres tal como son, ni ángeles ni demonios... ¡hombres nada más!...

Y sin detenerse a llevarse más que lo indispensable para el largo viaje, desdiciendo vestidos elegantes y otras mil vanidades, abandonó Samuel, acompañado de sus dos hijas, el suntuoso palacio de su hermano Moisés...

VII

EN SKARAVALOFF

Tres días después, llegaba Samuel a su tierra natal.

Enterados de su regreso, los obreros le esperaban con impaciencia para conocer el resultado de sus gestiones cerca del Consejo de Administración.

Fue un día de incertidumbre para los laboriosos obreros que esperaban saber si en sus hogares brillaría de nuevo el sol de la dicha y podrían ahuyentar para siempre, el negro fantasma de la miseria.

Mas en el semblante sombrío de Samuel, reflejábese la más viva contrariedad.

Pasados los primeros momentos en que los comentarios y saludos turbaron el silencio, cesó el murmullo de voces y hubo una pausa.

Samuel tomó la palabra.

Irguióse sobre el desvencijado carrimato que le llevara de la estación al pueblo y habló así:

—Mis buenos compatriotas: demostrado está que las riquezas endurecen el corazón.

Y con voz menos firme agregó:

—Mi hermano Moisés rehúsa socorrernos... Su mente se halla invadida de números y no tiene ni tiempo, ni buena voluntad, para ocuparse de nuestras perentorias necesidades.

Recobrada algo la calma y, pasada la ola

de dolor que apagaba la voz en su garganta, continuó:

—Nada debemos esperar de él, porque su alma está metalizada y sólo atiende a los asuntos que pueden tener relación con el aumento de sus ya fabulosas riquezas... Debemos confiar en el Todopoderoso y abandonar a él nuestra suerte, sin perder la esperanza de que en día no lejano, vendrá en nuestra ayuda o se producirá algún acontecimiento favorable a nuestras justas reivindicaciones.

Y con estas palabras de suprema fe en las bondades divinas, despidióse de sus buenos compatriotas y tomó lentamente el camino de su casa...

Al llegar a ella encontramos de nuevo a viejos amigos nuestros y del querido lector.

Allí está David, hecho el más leal y entusiasta de los colaboradores de Samuel y convertido por éste, en depositario y propagador de sus doctrinas.

En efecto, David es el encargado de poner en limpio los originales que Samuel escribe con su tembloroso pulso y en cuyos escritos lega a la posteridad sus filosofías y bondadosas doctrinas en las que sólo resplandece la resignación y la virtud, condenando siempre la violencia y la intransigencia, que quisiera ver desterradas para siempre del corazón de los hombres.

La presencia de Lia despierta de nuevo el platónico amor que David siente por ella.

Y cuando Lia le pregunta

—¿No has olvidado, David, a tu compañerita de la infancia?

Este, dando a su voz la dulce entonación que requiere su galante respuesta, la dice:

—No, Lia... ¿Recuerdas lo que te dije cuando nos casamos en los criales de Skaravalooff? Tus ojos tienen un mirar tan dulce como los de las palomas...

Lia asiente y en su corazón tiene lugar una cruenta batalla.

¿Cómo desdeñar el puro amor de David que jamás osará confesarlo abiertamente y cómo confiarle que ama a Andrés Orlinsky, hijo del que en cierto modo es causante de la rivalidad de las dos familias?

Preocupada por este pensamiento y entristecida por la separación del bien amado, Lia se encamina con su hermana a recorrer los humildes, pero limpios y relativamente confortables aposentos de la casa que fué testigo de su apacible infancia...

Bien pronto los caracteres opuestos de las dos hermanas, chocan de nuevo.

Esther encuentra cursí y ridículo cuanto la rodea y Lia debe reprenderla a cada momento.

Por fin, molestanda por las mofas de su hermana, no puede menos que decirle:

—Respeta lo que ha sido costado por el trabajo constante de nuestro padre... Olvida que has consagrado tu existencia a las inútiles semanas pasadas en Londres donde perdías el tiempo entre deportes, modistas y otras bagatelas...

Y viendo que sus palabras no hacen mella en el ánimo de su hermana, dominado aún por la frivolidad, agrega:

—Muy pronto sentirás tú también (porque yo he de hacer variar tu manera de ser) la ale-

gría que produce derramar el bien entre nuestros semejantes... y entonces me darás las gracias, porque habré hecho nacer en tu alma, bondades desconocidas hasta este día...

La vida de Skaravalooff toma pronto entre sus sencillas prácticas a las dos hermanas...

Lia, gozosa, se mezcla con los aldeanos y comparte con ellos juegos, distracciones y también las penas, que no escasean...

Esther sigue recordando con añoranza la vida de Londres y evoca la gallarda figura de Andrés, cuyo amor se ha prometido a sí misma el poder obtener...

Así transcurren los días entre una existencia que es monótona y horriblemente aburrida, para quien no la dedica a labrar el bienestar de sus semejantes...

VIII

EL AMOR QUE VUELVE

Andrés había prometido estar pronto junto a Lia.

—Pronto estaré a tu lado para ayudarte...

Estas fueron sus palabras, que aún resonaban como promesa de felicidad en los oídos de Lia...

¡Era tan dulce el eco de la voz del amado!...

Por fin, cierto día, entre la fiesta que celebraba el pueblo, una fiesta sencilla, breve momento de expansión de un pueblo siempre triste, llegó a Skaravalooff Andrés de Orlinsky, que había efectuado las últimas etapas de su viaje en un soberbio coche de sport.

Lia corre a su encuentro, cuando lo divisa en el confín de la carretera...

¡Cuánta alegría no reflejan sus miradas... cuántos madrigales callan sus labios porque asoman ya por sus ojos brilladores!...

Andrés es el primero en hablar:

—¡Dije hasta pronto y aquí me tienes para no separarnos ya jamás!...

Lia siente que una luz inmensa invade su alma.

¡Será feliz por fin! La recompensa a su fe está delante de ella.

Sin embargo aún recuerda a los humildes... a los que todo lo esperan de ella y a los que no puede abandonar en su egoísmo de amor.

Pronto sus labios dan la generosa respuesta, que pospone su dicha a la de los demás.

—Bienvenido, Andrés... No es poco el trabajo que debemos llevar a cabo para armonizar a los obreros de los dos bandos y obtener para ellos mejoras que nos valgan sus simpatías y nos colmen de sus bendiciones... de las de sus mujeres y de sus infelices niños...

Andrés queda suspenso al apreciar la grandeza de alma de Lia y olvidándose también de su amor, la responde:

—Sí, Lia, lo haremos, pero ¡estás segura de que aquellos por quién nos vamos a sacrificar, lo merecen!...

Lia sonríe amorosamente y poniendo graciosamente el índice de su mano derecha sobre los labios, replica:

—Chitón, si todos fueran buenos, seríamos nosotros los que necesitaríamos de ellos para poder establecer la comparación entre el bien y el mal.

Andrés comprende el fondo de lógica admirable que encierran las palabras de Lia y

queriendo sumarse a la obra que ésta lleva a cabo, le dice:

—Lia, su débil mano debe apoyarse en la de un hombre fuerte, que haya elegido el mismo camino de usted y que la ame...

Le falta valor para pronunciar la palabra final, pero sus ojos y su sonrisa la definen perfectamente.

Porque si hay algo fácil de expresar a un temperamento apasionado, es una declaración de amor sin palabras...

No en balde dice una sabia sentencia, que la mejor declaración de amor es aquella que no se hace...

Comprende Lia la palabra que Andrés no ha pronunciado y anticipándose a su pensamiento, añade:

—Cuidado, Andrés... yo soy pobre... y cómo se le mojarían en Londres, si se rasara usted con una insignificante aldeana de Skaravaloff.

—Sin embargo, usted necesita quien la ame—afirma con mayor energía Andrés.

Pero Lia, temiendo que algún obstáculo debe impedir aquella dicha, arguye todavía:

—Andrés, yo pertenezco a una raza que usted desprecia...

Por toda respuesta, agrega Andrés con acento que la pasión amorosa vela:

—¡Lia, yo la amo a usted!...

Míranse un momento a los ojos los dos jóvenes y en aquel divino instante, en que las almas vuelan hacia un mundo mejor, se alejan de toda materialidad terrena...

nos dan por terminada su fiesta, nuevas desdichas les aguardan.

Los empleados de Skaravaloff se enteran con profundo disgusto de que han sido despedidos por haber faltado a sus tareas para tomar parte en una fiesta que es de ritual en los de su raza.

Tal una disposición vejatoria para los aldeanos hace llegar al colmo la indignación de aquellos sufridos obreros, que después de arrancar a la tierra el producto que ésta les brinda exigiendo en cambio el sacrificio de un rudo trabajo y la continua exposición de su vida, ven a cada instante conminados con severas medidas, que merman su independencia y restringen sus salarios.

Esther, que se ha dado cuenta de la llegada de Andrés, no le pierde de vista espiando en todo momento la conversación que éste sostiene con su hermana, se convence una vez más de que su amor no tiene esperanza de correspondencia alguna...

Momentáneamente se separan, Andrés y Lia, al llegar a la capital y cuando Lia se da cuenta del edicto fijado en la puerta de la fábrica por la dirección de la misma, acude en busca de Andrés para notificárselo.

Esther, pálida de coraje, se interpone en su camino.

—¿A dónde vas?

En esa pregunta, pone la desleal hermana toda la hiel que encierra su alma.

Mas Lia, con gesto de supremo desdén, la responde:

—¿A ti qué te importa?

Y prosigue entre grupos de obreros su carrera, en busca de Andrés.

Por fin le encuentra y no puede contener un grito de contento.

—Te buscaba—exclama, con acento de hondo dolor.

Y serenándose ante la presencia del amado, continúa:

—Todavía nuevas vejaciones para esas pobres gentes...

En breves palabras le relata el texto del edicto, el pésimo efecto que ha producido entre los aldeanos y el estado de indignación en que éstos se encuentran.

También le suplica se digne interceder:

—Andrés, yo he corrido a implorar tu protección...

En esta frase encierra Lia la última esperanza de que se produzca un cambio favorable a los pobres compatriotas suyos...

Andrés se hace eco de su protesta y demuestra que comparte con ella su opinión.

—Yo también te buscaba para decirte que desapruébo esta conducta... pero no podemos seguir aquí... precisa que busquemos otro rincón donde hablar a cubierto de las indiscretas miradas.

El sitio no está muy lejano.

Se encuentran cercanos a un bosque cuya sombra acogedora les brinda un rincón donde pasar desapercibidos.

Se trasladan al bosquecillo que junto a la orilla del río, semejan sus árboles centinelas que impidiesen el vadear el cauce que separa la parte bulliciosa y habitada, con el rincón

donde reinan la soledad y la poesía del silencio.

Andrés intenta en cierto modo justificar las medidas tomadas por el Consejo de Administración, pero luego ve obligado a reconocer ante las razonadas palabras de Lia, que verdaderamente aquellas rencillas sólo contribuyen a convertir en un imposible el hermoso sueño de amor que ellos acarician y que esperan convertir de un momento a otro en espléndida realidad.

Lia intercede por las mujeres, por los niños que sufren la consecuencia de esta rivalidad y ambos coinciden en combatir la violencia y la lucha, fuera del campo de las ideas.

Andrés ve obligado a reconocerlo.

—Yo también pienso como tú. La opinión que yo comparto, es que sólo el amor y la pacífica inteligencia pueden solucionar todos los problemas sociales.

Esta nueva coincidencia de sus opiniones, impulsa a Andrés a hacer la siguiente pregunta:

—Entonces, Lia, ¿por qué no consentes en ser mi mujer? Restrechados el uno junto al otro y fuertemente unidos, libraremos el combate en favor de estos desgraciados.

Lia siente una alegría inmensa ante estas palabras que tanto significan para ella...

Y en verdad que de todo corazón se lo ofrecía.

Hubiera sido el mayor galardón para Andrés, que Lia hubiera aceptado su apellido y unido al suyo su destino.

Pero la barrera de las enemistades familia-



Andrés, mi vida no me pertenece (ibid. 45)

res, se alza ante sus ojos, que pierden su alegría...

Vese forzada a contestar lo que no siente, porque no quiere dejar que Andrés alimente en su pecho, una esperanza destinada a morir al soplo de la realidad.

Por fin estas frases salen de sus labios:

—Consciente de lo que significan mis palabras, te juro, Andrés, que mi vida no me pertenece...

Algo brusca, por lo inesperada, esta respuesta produce en el joven hondo desaliento, pero atribuyéndolo a la situación creada por los odios y rencores, entre las dos familias, insiste:

—¿Qué nos importan los odios que nuestra unión va a suscitar, si vamos a vivir libres y sin remordimientos?

Lia recuerda en aquel instante diversos aspectos de su vida despertados por la palabra «remordimientos».

—¡Sin remordimientos!—exclama la hermosa joven.

A su mente, acuden las palabras de honda y tímida pasión de David, que nunca se atrevió a declararle su pasión platónica y callada.

Recuerda también que su tío Moisés ha dado veladas aunque inequívocas pruebas de amarla y la palabra «remordimientos» vuelve a acudir a su mente. También su hermana ama a Andrés y al casarse, ella experimentará un profundo desengaño.

¿Cómo no tener remordimientos aunque el derecho a la dicha y la fuerza arrolladora del amor haga callar los demás sentimientos en el corazón de toda mujer que quiere?

El joven no se da por vencido y procura ir reduciendo la resistencia de Lia desmenuzando sus argumentos y haciéndola que con sus ra-



Esther albergaba en su alma una violenta pasión por el hijo de su hermana

zones, se iba cada vez en más franca derrota. Tanto, que Lia, no sabiendo ya qué defensa oponer a las demandas de Andrés, se limita a suplicar:

—Andrés, pasado mañana celebramos la ce-

na de Pascua y me parece cruel abandonar a mis padres en un momento en que la familia se congrega toda, alrededor de la mesa donde mi padre ofrece a sus tradicionales costumbres, el rito de su celebración reverente.

El dolor que estas palabras producen a Andrés, lo lee Lia claramente en sus ojos, velados por la tristeza y para demostrarle que ella también corresponde a su amor, del que tan inequívocas muestras tiene, agrega alentadora y ofreciendo el sacrificio de su libertad y su amor al hogar:

—Dejaremos que se celebre esta fiesta tradicional y a las nueve de la noche, tú me esperas junto a la puerta de mi casa... Yo te seguiré hasta el fin del mundo, si es preciso.

Tales palabras son una revelación para Andrés...

Por fin Lia le ama y no se recata de decirlo, dando de su amor tan grandes pruebas, que incluso acepta huir con él.

La realidad ha superado al más hermoso de los sueños.

El entusiasmo hace latir su corazón y sus brazos se extienden para atraer hacia sí, el divino cuerpo de la mujer amada...

Lia exclama, al mismo tiempo que un suspiro de gozo hincha su pecho virginal:

—Andrés, me siento entre tus brazos, embargada por una dulce emoción... ¡y al mismo tiempo creo hallarme tan protegida...!

Callan los labios porque al unirse entonan al noisone, el himno silencioso del amor triunfante...

Después de una breve pausa, el tiempo preciso para descender de la gloria a que el amor

nos eleva desde la tierra, Andrés rompe el silencio y dice al oído de Lia, que reclinada aun en sus brazos parece adormecida:

—Dentro de dos días, Lia amada, te conduciré al altar aunque mi familia y tu propio padre se opongan a nuestros amores.

IX

NUEVAS COMPLICACIONES

Cuando menos le esperaban, se presenta Moisés, que ha quedado viudo, en casa de su hermano Samuel, y bajo pretexto de celebrar la Pascua en el seno de la familia, comunica el verdadero objeto de su viaje.

Empieza por recordar a su hermano que como consecuencia de la estancia de Lia en Londres siente por ella un cariño diferente del afecto paternal y que desea hacerla su esposa...

Samuel comprende al instante las innumerables ventajas que reportará para los obreros de Skaravaloiff el enlace de Lia con Moisés, del que entonces será fácil conseguir las mejores que se le pidan, pues nada sabrá regatear a la compañera de su existencia.

Moisés afirma su petición y la apoya en los ejemplos de bodas entre individuos de la familia y Samuel no le hace objeción alguna, confiando en la bondad y espíritu de sacrificio de su bien amada hija Lia, que nunca le negó su concurso a obra tan bienhechora...

Lia acude al encuentro de su tío, al que para predisponerlo a su favor, dice con su ingenua sonrisa característica en ella:

—Tenía la certeza de que usted vendría en nuestra ayuda...

Moisés, aspirando sacar partido de la forma en que Lia le da la bienvenida, agrega:

—¿Y cuál será la recompensa a mi ruidosa generosidad?

Lia, comprendiendo tal vez el camino que Moisés desea emprender y que inicia a aquellas palabras, exclama:

—Su conciencia satisfecha...

Moisés, creyendo que no ha sido comprendido, agrega deseando no dejar adivinar del todo sus intenciones:

—¿No sabes que el amor nos convierte en héroes y que desde la muerte de mi esposa mi hogar está vacío?

Lia finge no comprender el alcance de las palabras de su tío, y éste agrega confidencial y misterioso:

—Tus peticiones te comunicarán en proyecto, una súplica o un sueño.

Y luego, dirigiéndose a los demás, agrega en tono que quiere ser francamente familiar:

—Como antaño, amigos míos, celebraré con vosotros pasado mañana, la comida pas-cual.

Samuel procura hacer comprender a su hija que debe sacrificarse para dar a su pueblo querido, la paz y el bienestar que todos anhelan. Celebra con su hija una conferencia aparte, en la que le dice:

—Recuerda las palabras sagradas... Irás a casa de mi hermano y tomarás esposa para mi hijo...

Y así apoyándose en los sagrados textos de la Historia, procura llevar al ánimo de Lia, la convicción de que debe aceptar por esposo a su hermano Moisés.



*El que me ayude a socorrer a los humildes
será mi esposo (pág. 54)*

Lia le suplica que deje pasar la cena de Pascua y que luego ella le dará la respuesta solicitada.

Samuel quiere obtener de su hija una respuesta categórica y debe conformarse con esta afirmación:

—He prometido dedicar mi vida a socorrer a los humildes y el que me ayude a lograrlo será mi esposo.

Samuel, creyendo por estas palabras que su hija está dispuesta a obedecerle ciegamente, siente su alma inundada de alegría porque cree haber asegurado el porvenir de su amado pueblo...

—El Señor te lo envía. Moisés es rico y poderoso y él hará de Skaravaloff el rincón más hermoso de la tierra.

Quiere replicar Lia, pero su padre ahoga sus palabras, gritando:

—Ven, Binah, bendigamos a nuestra hija.

Samuel da por efectuada la boda y en la bondad de su alma, sólo piensa en los innumerables beneficios que recibirán los desheredados de la fortuna, gracias al casamiento de su hija Lia.

Samuel quiere que David, su hijo adoptivo, participe también de la alegría.

Pero éste, que ya hemos dicho que ama a Lia, siente una infinita tristeza.

Aquella misma noche Lia y David se encuentran en el jardín contiguo a la casa de Samuel y debaten largamente el tema de la boda.

Al mismo tiempo tiene lugar una reunión de los consejeros de la Sociedad de los Petróleos a la que asiste Moisés.

Durante la sesión, se pone una vez más de manifiesto la animosidad de Orinsky y Moisés.

Este obstruye cuanto dicen los demás accionistas y quiere imponer su criterio contrario al porvenir y mejoras de los obreros de Skaravaloff.

La discusión llega a generalizarse y se agudiza en tal forma que es casi inminente una ruptura entre Moisés y el conde de Orinsky.

No deja el hermano de Samuel su especial punto de vista y el de Orinsky tampoco quiere reconocer ninguno de los extremos que su rival apoya.

Por fin, Moisés se retira ante la enemistad de los demás compañeros.

Una vez ha salido, el de Orinsky pregunta a Andrés, su hijo, la opinión respecto a los planes de Sigulim y éste le dice que si bien desaprueba la conducta del tío, está locamente enamorado de Lia, que participa de sus propias ideas.

El padre niega su consentimiento a Andrés, pero éste con energía, salida de su profundo amor por la hermosa sobrina de Moisés, que tanto le ama, replica que se casará con ella, pues no quiere ser víctima de una rivalidad comercial, que en nada puede ir ligada a los puros sentimientos de su corazón.

El de Orinsky, ante la firme decisión de su hijo, opta por callar dejando la discusión, convencido de que sus objeciones sólo servirían para dar mayor incremento a la pasión que su hijo siente por la sobrina de su rival Moisés.

X

EL SACRIFICIO DE DAVID

Aquella noche en los pozos encontráronse Lia y David.

David, al que no engañaba su instinto, acudió triste y pensativo.

Lia llevaba también atenazada el alma por el dolor.

Había llegado al momento de las mutuas confesiones. Lia no ignoraba el amor que David sentía por ella y, sin embargo, era a él al único que se atrevía a confesar su amor por Andrés.

Tal era la confianza que tenía en la nobleza de alma de su hermano adoptivo.

Procedió a la conversación un hondo silencio.

David fué el primero en romperlo:

—Lia, el casarte con Andrés causará a tu padre un serio disgusto...

Ella quedóse un instante callada y luego tímidamente, como sintiendo la herida que causa a David, responde:

—¡Oh, David, pero si te amo!...

La mirada del joven queda clavada en el suelo y como argumento decisivo añade:

—¿Ignoras que él desprecia a los de tu raza por ser rico y poderoso, y que también los suyos se opondrán a este enlace?

Lia calla...

David prosigue haciéndole ver a ella los inconvenientes de su enlace con un hombre de diferente posición social.

—Reflexiona, Lia, que se verá abandonado de los suyos y quedará sin apoyo...

Mas Lia se limita siempre a contestar:



Lia corrió en socorro de su amado Andrés (pág. 14)

—¡Pero sí le amo!

David acude a una última invocación:

—Lia, recuerda que tu padre siempre ha sido contrario a que formara parte de su familia, un individuo que no perteneciera a su pueblo y esta tradición se ha observado siempre en la familia.

Tampoco esta observación hace gran mérito en el ánimo de la joven.

David sigue perorando, llena el alma de buena voluntad:

—Las grandes virtudes de nuestra raza, reviven en ti y a ellas invoco para que conserves purísima la legendaria estirpe de los matrimonios entre la familia Sigulim siempre con naturales de este pueblo cuna de la familia.

Lia no replica, pero sus labios musitan trémulamente:

—Cállate, David, cállate... ¡le amo! ¡le amo!...

Una mirada de despedida, es el adiós que se dan aquellas dos almas, que desde la infancia sufrieron las mismas penas y tuvieron las mismas alegrías y que ahora por primera vez en la vida, aparecen separadas por este poderoso tirano que es el amor.

V de nuevo en el jardín contiguo a los pozos reina un silencio de muerte.

XI

COMO DOCE AÑOS ATRÁS

Es la cena tradicional de Pascua. La ceremonia sublime de la comida familiar que reúne a todos los de la misma sangre.

Samuel, durante el transcurso de la comida,

procura recordar a Lia con sus palabras el sacrificio que de ella espera en bien de los obreros de Skaravalooff, a los que él ama como sus verdaderos hermanos, siguiendo al pie de la letra las enseñanzas del Divino Maestro.

En el momento de levantar la copa, exclama:

—Lia, hija mía, la suerte de tus hermanos está entre tus manos... y ellos esperan su redención de tu conducta.

Llega por fin el solemne momento en que conforme a la tradición secular de la familia Sigulim, debe abrirse la puerta y brindar la hospitalidad sagrada al primer semejante que cruce ante los umbrales del hogar que Dios ha bendecido y colmado con sus dones.

Lia es, como en años anteriores, la designada para ello.

Por una coincidencia es la hora en que Andrés la dijo que vendría a buscarla para hacerla su esposa, pese a la oposición de todos.

Y al abrir la pesada hoja de la puerta se encuentra frente a frente con Andrés, que le tiende los brazos en ademán de suprema invitación a la libertad y al amor...

Viendo a Lia indecisa, agrega Andrés:

—Ven, corre... ¿qué esperas?

Pero Lia permanece inmóvil en el umbral, sin atreverse a dar un paso más.

Insiste Andrés extrañado de la conducta de Lia.

—Ven, no dudes... Bien sabes cuán inmenso es mi amor...

Lia, como única explicación, le dice:

—Imposible, Andrés; mi fuga sería la muerte de mi padre y a este precio no quiero comprar mi dicha.

Andrés, en la locura de su amor, llega a la indignación más espantosa al sentirse despreciado.

—¡Mentirosa, falsa!... Todo tu amor era una mentira...

Lia no puede contestar, un sollozo ahoga la voz en su garganta y léese en su alma que se transparenta en su cara bellísima con el tinte de la tristeza...

—Te amo, ¡pero nuestro amor es imposible!

Esta escena, que ha pasado desapercibida para todos, no ha dejado de ser observada minuciosamente por Esther, que, envidiosa de la preferencia que Andrés demuestra por su hermana, juzga llegado el momento de aprovecharse del desprecio de que ésta ha hecho objeto al hombre que ella ama con locura.

Disimuladamente abandona la casa y a pesar de la lluvia torrencial que inunda las calles, formando charcos enormes, corre en busca de Andrés que en su auto y en brazos de la desesperación, emprende la fuga y no quiere ver nada que le recuerde su amor perdido.

Pronto logra darle alcance tomando por un camino que corta la carretera.

Al pie del auto que refrena su marcha para no atropellarla, Esther sostiene con Andrés el siguiente diálogo.

Habla Esther con los brazos tendidos ante el radiador del coche:

—Mi hermana Lia le traiciona... se casa con Moisés... Se vende a quien es más rico que usted...

Y observando el efecto que estas palabras han producido en el ánimo del joven, continúa:

—Y es por ella por quien usted me ha despreciado siempre...

Mas Andrés, comprende al instante que sólo el despecho y un afán de cobarde venganza inspiran las palabras de Esther y no quiere seguir escuchándola.



Trabajaron con desmesurada esfuerzo para salvar su vida.

Ella insiste:

—Seré su esclava, su compañera... y será este un medio de vengarse de sus desprecios. ¡Quírame, se lo suplico!...

Y en mitad de la carretera, soportando el agua torrencial que cae, haciendo resbalar las gotas por sus cabellos caídos a lo largo de su cara, Esther está magnífica en la desesperación de su imposible amor.

Mas Andrés no cede... Grandioso es su amor por Lia y sólo ella tiene cabida en su fiel corazón enamorado.

Cuando ella cree que ha logrado conmoverle con sus súplicas, él le lanza al rostro la acusación sincera:

—¡Cállate, perjura! tú también traicionas el afecto debido a la hermana.

Y con un gesto de supremo desdén la separa bruscamente del coche, haciéndola caer entre el barro...

Esther se levanta indignada, pero el coche se halla ya a muchos pasos.

Entonces la cólera ocupa en su mente el sitio que llenó el amor...

Y con un gesto amenazador ruga despedida:

—¡Ah! ya me has desdenado y pisoteado bastante... Tengan cuidado, que voy a vengarme.

Y hay en sus palabras y en su gesto el ansia verdadera de tomar cumplido castigo del desprecio de que ha sido objeto...

Mientras el auto se pierde a lo lejos, Esther continúa amenazando con su brazo la silueta que desaparece entre la espesa cortina de la lluvia torrencial...

XII

CÓMO SE VENGO ESTHER

Sólo un arma tenía Esther, que pudiera herirlos a todos.

El rencor de los obreros sería el instrumento de su venganza. A este efecto va en busca del más significado de los revoltosos y le refiere

que conoce al dedillo un plan fantástico, que han urdido los directores de Londres para perjudicarles.

Con sus palabras les incita a la rebelión, diciendo que no deben permitir que se les expulse de la fábrica.

Con sus mentiras ha logrado formar un estado de latente indisciplina, que se traduce en todas las manifestaciones de sus actos.

Pronto se forman corrillos y la falsa noticia, por exceso de credulidad, circula de boca en boca.

Al mismo tiempo en casa de Samuel se efectúan los preparativos de la boda.

Lia con su albo traje de desposada, está maravillosa, y Moisés vestido con la más refinada etiqueta, acude impaciente ya, por llevarla al templo, donde deben consagrarse como esposos...

Al atravesar la nupcial comitiva, por las cercanías de las fábricas, crúzase el auto con el que conduce al conde de Orinsky, que acude presuroso en busca de auxilios, pues los obreros, excitados, quieren tomar venganza de los acuerdos que suponen inspirados por Andrés, porque así se lo ha dicho la vengativa Esther, faltando abiertamente a la verdad.

Al oír Lia las palabras del conde y saber que Andrés corre peligro, abandona el auto, diciéndole:

—Yo me sacrificaba por una obra de paz y amor y veo que mi sacrificio era inútil, porque el odio está a punto de causar estragos. ¡Adiós, voy a salvar la vida del hombre a quien realmente amo!...

Moisés no puede contener a Lia, que va en

busca de Andrés, encontrándolo cerca de los pozos de petróleo, a los que los obreros han puesto fuego en su equivocada cólera...

Lia, que no puede hacer desistir de sus actos a los obreros, logra reunirse con Andrés, cuando el fuego avanza ya hacia el lugar en que él se encuentra acorralado.

Quiere correr su misma suerte y se encierra con él en la torre, que el fuego rodea ya...

Pero David, que comprende el peligro en que se encuentran, sacando fuerzas de la flaqueza de su cuerpo, ayúdales a descender, rodeados por las llamas y el denso humo asfixiante...

Su generosa acción, ha sido la mejor prueba de su amor al sacrificio...

Sólo Esther ve fracasada su intención repugnante y maldita por todos, deberá ir por el mundo, maldiciendo su odio... Pero Lia la perdona, porque también Moisés la perdona a ella, el que le haya abandonado, siguiendo los dictados de su corazón...

Cesa el odio, y mientras las últimas pavesas saltan al aire y parecen llegar al cielo rojo, Andrés y Lia, abrazados estrechamente, empiezan a recorrer el sendero de amor, que conduce a la «Tierra Prometida», rincón que todos poseemos y que no es otro que el espacio bendito en que suena el eco dulce de un beso y se juntan dos amorosos corazones, que supieron desafiar todas las adversidades, porque guardaban la fe interior en que Dios unía sus destinos triunfando de la maldad y de la incompreensión de los hombres...

FIN

Los verdaderos
FILMS DE AMOR

publicados en nuestra BIBLIOTECA
colman el ideal de los aficionados

ROSITA

La voz de la mujer

La Rosa de Flandes (Agotada)

¿Dónde estás hijo mío?

La brecha del infierno

MESALINA

Los Nibelungos

(Sigfrido)

KOENIGSMARK

En las ruinas de Reims

La mujer que supo resistir

Los dos pilletes

El Templo de Venus

La Tierra Prometida

TÍTULOS DE LA SUPREMACIA
Cubierta a varias tintas
Precio popularísimo: 50 céntis.